

En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «— Á dos barcadas como estas^a daremos con todo el caudal al fondo. »

5 Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decía^b; y, teniéndolos por locos, les^c dejaron y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos.

10 Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

a. ...como ésta daremos. TON., ARR., ARG. 1.º, BENJ. — b. ...decía y hacia y. TON. = c. ...locos los dejaron. ARR., ARG. 1.º, BENJ.

3. «— Á dos barcadas como estas. — Corrigióse el texto en las ediciones de Tonson, Arrieta, Hartzenbusch y Benjumea, diciendo «Á dos barcadas como ésta». Así también lo escribiríamos nosotros si nos dejásemos sugestionar por los preceptos académicos; mas, como por aquellos días no había Academia de la lengua, y, aunque hubiese existido, sus leyes no rezaban con Sancho, hemos optado por dejar el pasaje como salió de las prensas de Juan de la Cuesta.



CAPITULO XXX

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora

A SAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél 5 se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo y se apartaron del famoso río: D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque, magüer^a era tonto, bien se 10 le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates, y buscaba ocasión de^b que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía^c. Sucedió, pues, que otro día, al poner^d del sol y al salir de una 15

a. ...porque magüera tonto. ARG. 1.º, BENJ. — b. ...ocasion en que. ARG. 1.º — c. ...que él pensado tenía. ARG. 1.º, BENJ. — d. ...al despuntar del sol. ARG. 1.º

Los Duques de Villahermosa, á quienes se alude en estos capítulos y que se finge hospedaron á D. Quijote en su palacio de Pedrola, en el que tuvieron lugar las escenas que ahora comienzan á narrarse, reflejan á maravilla el estado social de la Grandeza española al principiar el siglo xvii. Esa gentil dama, la bella cazadora, con su esposo el Duque, y cuantos servidores forman el claro obscuro del cuadro que aquí se dibuja, todo ello es como la antitesis de aquella otra morada, de aquella D.^a Cristina que por honor á su marido, al noble y franco D. Diego de Miranda, atiende con amable dignidad y exquisita solicitud á su huésped el Caballero de los Leones.

selva, tendió D. Quijote la vista por un verde prado, y en lo último del vió gente, y, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquélla alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad. Y, así, dijo á Sancho: «—Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor que yo, el Caballero de los Leones, beso^a las manos á su

a. ...leones besa las. C. 1, BR. 1, BOW. — ...leones besa las. MAI.

Línea 2. ...y, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. — En su *Tesoro de la Lengua castellana* dice Covarrubias: «*Altanería* es caza de volateria por lo alto, como es la del milano y la garza y la cuerva y las demás, y los halcones amaestrados á esta caza se llaman *altaneros*.»

Que se refleje en esta página ser diversión y ejercicio habitual de los grandes en aquellos días, lo muestra el lucido acompañamiento que tras sí llevaban los Duques, juntamente con el lujo y atavío de sus personas.

3. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima. — Sembrado el estilo de frases caballerescas, y tratándose de caza de altanería, ejercicios de príncipes y grandes señores, entremézclanse en toda la narración voces como las de *palafrén* y *hacanea*, que nos traen, entre otros, el recuerdo del *Amadís*, lectura favorita de Cervantes.

Sin acudir al que fué como cabeza de los libros caballerescos, es fácil topar con uno y otro de los vocablos subrayados:

«...heos aquí á Ancelin el merino, que llegó á ellos con sus diez caballeros, muy bien vestidos de cindales é de púrpuras é de pennas veras é grises, é sus *palafrenes* muy buenos.» — «...é cuando esto les hubo dicho, mandó meter el ataúd en las andas sobre dos *palafrenes*.» — «...no levaban armas, antes iban en sus caballos ó en sus *palafrenes* sosegados á gran maravilla.» (*La gran conquista de Ultramar*, pág. 56, 70 y 108 respectivamente, t. XLIV. «Biblioteca de Autores Españoles.»)

«Yo traigo *palafrén*, tú no le tienes;
Que aun á ti no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo, que ahora vienes
Á las fiestas de Acaya á procurallo.
«Á la voz, respondió, de tus desdenes,
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»
Cuando la otra doncella con gran brio
Á voces dijo: — El *palafrén* es mio.»

(BERNARDO DE VALBUENA. *El Bernardo*, lib. XVIII.)

10. «—Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén... que... beso las manos á su gran fermosura. — La buena educación y el amor á la cortesanía

gran fermosura; y que, si su grandeza me da licencia, se las iré á besar y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare. Y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

— Hallado os le habéis el encajador, — respondió Sancho. — ¡Á mí con eso! Sí que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

— Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, — replicó D. Quijote, — yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder^a.

— Así es verdad, — respondió Sancho; — pero «al buen pagador no le duelen prendas», y «en casa llena presto se guisa la cena». Quiero decir que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

— Yo lo creo, Sancho, — dijo D. Quijote: — ve en buena^b hora, y Dios te guíe. »

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba; y, apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: «— Hermosa señora: aquel caballero que allí se parece, llamado *el Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo^c, á quien llaman en su casa *Sancho Panza*. Este tal Caballero de los Leones, que no há mucho que^d se llamaba *el de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia^e para que, con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento^f.

*a. ...al menos de mi parte. TON. —
b. ...ve en hora buena. PELL. — c. ...soy
su escudero, á quien. V. 2. — d. ...mu.*

*cho se llamaba. ARG. 1. — e. ...de darle
permiso para que. ARG. 1. — f. ...y talento. GASP.*

norte de los caballeros andantes, inspiraron, sin duda, al autor de esta historia el discurso que lleno de comedimientos había de hacer Sancho á la gentil señora que, vestida de verde y llevando un azor en las manos, mostraba su bizarría.

9. ...á lo menos en mi poder. — Tonson dijo «de mi parte». Corrección innecesaria, ya que *en mi poder* quiere decir, por elipsis, «desde que estás en mi poder».

25. ...que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura. — La que tan afable y llana se había mostrado, no puede decirse de ella que afecte autoridad desdeñosa acompañada de orgullo y vanidad. En su trato con el escu-

— Por cierto, buen escudero, — respondió la señora, — vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya
5 tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos. Levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos. »

dero no hay en la Duquesa la brusquedad de la persona altanera que juntamente retrae y ofende, porque su conversación enteramente familiar no es la de la señora que teme comprometerse con sus inferiores por una palabra cariñosa. Luego la voz *altanería*, puesta en boca de Sancho, es una más de su peculiar vocabulario, equivalente á la de «grandeza» ó á la de «alteza».

6. *...venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.* — No señaló positivamente el autor de esta historia el lugar con que, después de la pasada aventura, toparon D. Quijote y Sancho yendo á las *Justas del Arnés*; pero no se hace difícil determinar lo siguiendo el hilo de la narración y teniendo presente que nuestros viajeros se hallaban entonces orillas del Ebro y á una jornada poco más ó menos de Zaragoza.

Que las escenas de estos capítulos pasan en Aragón, lo dice la misma D.^a Rodríguez, una de las dueñas de la Duquesa (1).

No cabe duda: los sucesos se verifican en la mitad del reino de Aragón, pues así lo afirma la historia en el capítulo citado en la nota (2).

¿En qué época se suponen verificadas tales escenas? En 1614, y de algunas se puede puntualizar hasta el mes y el día, porque así lo reza la carta de Sancho á su mujer (3).

¿Quiénes fueron los Duques que se finge hospedaron á D. Quijote y Sancho?

Anónimos (4) y todo, la paciente investigación de un cervantista español del siglo XVIII, D. Juan Antonio Pellicer, Bibliotecario de S. M., ha descifrado el enigma de tal suerte, que ni D. Fermín Caballero en su *Pericia geográfica*, ni D. Cayetano Rosell en un artículo *El palacio de Pedrola* (publicado el 24 de Abril de 1872 en la *Ilustración Española y Americana*), nada nuevo han añadido á lo dicho por el docto académico de la Historia.

(1) «...Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios.» (II, 48.)

«...mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque, mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragón.» (II, 48.)

(2) «...aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón.» (II, 48.)

(3) «Deste castillo á 20 de Julio de 1614.» (II, 36.)

(4) «Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe): «— Decidme, hermano escudero.» (II, 30.)

En el sobrescrito de una célebre carta se dice: «Carta de Teresa Panza á la Duquesa.» (II, 52.)

Levantóse Sancho, admirado así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le

Mientras nuevas é irrefutables investigaciones no destruyan la labor de Pellicer, fuera temerario pasar en silencio su nombre.

Aunque el propósito del autor no hubiese sido fijar el tiempo y lugar en que tales aventuras sucedieron, ni el de aludir determinadamente á estas ó aquellas personas, ha de estimarse que queda señalada la época y el sitio, y asimismo puestos en claro los aludidos personajes.

Oigamos á Pellicer:

«¿Qué Duques había pues entonces en aquel reyno? Los duques de Luna, que lo eran también de Villahermosa, y condes al mismo tiempo de Ribagorza: todo lo qual lo eran muchos años había ya. En quanto al duque de Hija, que desusó su antiguo título de duque, dice Berni que el señor Don Felipe III erigió segunda vez en ducado la villa de Hija en mayo del año de 1614. (Títulos de Castilla, cap. XV.)

Por otra parte las escenas de las aventuras de Don Quixote convienen mejor á los duques de Villahermosa, como se verá luego.

Todas estas aventuras le sucedieron á nuestro andante Manchego yendo desde Castilla á Zaragoza con intención de hallarse en las Justas del Arnés (P. II, cap. XXVII) y por consiguiente antes de llegar á aquella ciudad. Llega en efecto á la orilla occidental del Ebro, ve un barco, que estaba atado en ella al tronco de un árbol, dexa atados á Rocinante y al Rucio al tronco de otro, y se embarca en él para socorrer á la Princesa, á quien creía tenían oprimida en las hazeñas los malandrines y follones de los molineros. Acabada esta aventura, vuelven Don Quixote y Sancho adonde habían dexado atadas las caballerías, y se retiraron del famoso río, esto es, se retiraron tierra adentro, ó caminaron por los lugares situados en la misma orilla occidental del Ebro, donde al salir de una selva encontró Don Quixote á unos cazadores de cetrería, ó de aves: estos eran los Duques que le llevaron á una casa de placer que allí cerca tenían. Esta casa de placer ó de campo constaba de un castillo ó palacio, de jardín, y de bosque para la diversion de la caza; y es natural que no lejos de allí estuviese el lugar de la residencia ordinaria de los Duques. Todo esto, repito, estaba antes de pasar el Ebro, porque, aun después de concluidas todas las aventuras del castillo, y de despedido Don Quixote de sus huéspedes, dice la Historia que enderezó su camino á Zaragoza (cap. LVII al fin).

En esta situación está puntualmente la villa de Pedrola, residencia ordinaria de los Excelentísimos señores duques de Villahermosa; y cerca de ella labró una casa de placer, con un bosque, jardines y estanques de mucho recreo, Don Juan de Aragón, duque de Luna, y de Villahermosa, conde de Ribagorza, virey de Nápoles, á quien su primo el Rey Católico escribió la ruidosa carta, que anotó Don Francisco de Quevedo. El Duque Don Alonso, su hijo y sucesor, edificó en este palacio un colegio ó convitorio para retiro y recogimiento de doncellas nobles, y le llamó el palacio de nuestra señora de Buenavia, ó del Buen Camino, acaso por pasar por allí el de Borja, Tarazona, y Navarra... Don Martín, hijo y sucesor de Don Alonso, amplió y adornó el palacio y las galerías de la casa de campo de Buenavia con varias pinturas y estatuas, entre las cuales merecía particular aprecio una de la diosa Venus del tiempo de los Romanos que traxo de Italia el mencionado virey Don Juan de Aragón... De lo arriba dicho se entiende la conformidad que hay entre los Duques, que hospedaron á Don Quixote, y el castillo, bosque y jardines, donde le agasajaron y obsequiaron caballerescamente, con los duques de Villaher-

había dicho que tenía noticia de su señor, el Caballero de la Triste Figura, y^a que si no le había llamado *el de los Leones* debía de ser por habersele puesto tan nuevamente.

Preguntó^b la Duquesa (cuyo título aun no se sabe): «— Decidme, hermano escudero: ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama *del Ingenioso Hidalgo Don*

a. ...y creyó que. ARG. 1. = b. Preguntó. ARR.

mosa, y el castillo ó palacio, bosque y jardines de Buenavia... Los Duques, que hospedaron y se holgaron con Don Quixote, se debe suponer que fueron Don Carlos de Borja, conde de Ficallo, y Doña Maria de Aragon, séptima duquesa de Villahermosa con quien casó.»

Con más alto sentido que el rigurosamente histórico de las precedentes líneas, con el elevado sentido que pide la filosofía de la Historia, se ha dicho posteriormente, en obra premiada por la «Real Academia de Ciencias Morales y Políticas»:

«En los Duques que se burlaron de D. Quijote, no hay que ver al citado D. Carlos de Borja y su mujer, ni á los padres ó hijos de éstos, sino á los Duques todos, á todos los Grandes de aquella época que vivían como vivían ellos; la clase, el elemento social, fué lo que retrató Cervantes, y lo que refleja el *Quijote* con tal verdad que asombra... La vida que llevaron últimamente los Grandes en sus villas y estados, se refleja por modo admirable en el *Quijote*. Fué una vida de ociosidad dorada, de aburrimiento patricio, para cuya distracción no sabían ya ellos, ni sus servidores, qué discurrir ó inventar. No tenían absolutamente nada que hacer; su mayordomía, organizada jerárquicamente, dispensábales de todos los cuidados de la administración de su hacienda.» (SALCEDO. *Estado social que refleja el «Quijote»*, pág. 19 y 25.)

5. ...de quien anda impresa una historia que se llama «*del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*». — Quien encerraba en su residencia de Pedrola mil y mil preciosidades artísticas, no podía carecer, no carecía ciertamente, de rica biblioteca; y en ella se guardaban, sin duda, las ediciones que del *Don Quijote* corrian impresas en lengua castellana antes de 1614. Cuántas y cuáles sean, lo dijimos ya en la nota al t. IV, pág. 70 y 72.

Pero el asunto tiene otro aspecto, que se presenta como grave dificultad para los que quieren sujetar estas obras de entretenimiento al mismo rigor con que Boileau trataba las producciones dramáticas. Aquellas famosas unidades de lugar y tiempo, férrea cadena que oprimió al teatro francés, cadena cuyos anillos se rompieron en nuestras producciones teatrales, es la misma que, anudada con fuerte martillo, quieren pendiese del cuello de Cervantes el pseudo clásico D. Vicente de los Ríos y el rigorista D. Juan Eugenio Hartzenbusch, quienes trazan el itinerario de D. Quijote al modo con que algunos investigadores de la historia describen y pintan la vida de nuestros reyes.

En época intermedia á la de ambos cervantistas, mostróse partidario de la susodicha opinión el, en otros puntos muy entendido comentador, D. Diego Clemencin, quien, en el t. V, pág. 117, consignó su pensamiento en estas palabras:

«Esta circunstancia es realmente incompatible con la cronología del *Quijote* establecida por D. Vicente de los Ríos, según la cual no habían pasado

Quijote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?

— El mesmo es, señora, — respondió Sancho; — y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman *Sancho Panza*, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, 5 quiero decir que me trocaron en la estampa.

— De todo eso me huelgo yo mucho, — dijo la Duquesa. — Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien^a llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera. » 10

a. ...sea el bien venido a estos mis estados. V. 3.

más que ochenta y dos ú ochenta y tres días desde la primera salida de nuestro hidalgo. ¿Cómo en tan corto tiempo se había escrito, impreso y propagado su historia hasta llegar á ser conocida y leída por los Duques? Este reparo es comun á la noticia que tenía de la misma el Bachiller Sanson Carrasco al principio de la segunda parte, las fingidas pastoras de Arcadia al capítulo 58 de la misma, el D. Gerónimo del 59, Roque Guinart en el 60, y Altisidora en el 70; y aun más todavía á lo que se cuenta en el 72 de D. Álvaro Tarfe, puesto que la existencia de la segunda parte escrita por Avellaneda fué necesariamente posterior á la de la primera escrita por Cervantes.»

Por dicha, desaparecieron ya los preceptistas á lo Hermosilla, y con ellos el vano empeño de someter las obras de la fantasía al rigor de las célebres unidades. Ciertamente se hundió el andamiaje de los pseudo-clásicos, como se ha hundido aquel otro de la falsa escolástica, la falsa escolástica que enseñaba á discurrir y argumentar sin término sobre lo conocido ó no conocido, donde sus hábiles pedantes más parecían energúmenos que filósofos.

Hacemos nuestras, pues, las observaciones que ahora siguen:

«No es este el lugar de tratar la cuestión en que han entrado varios críticos por el deseo de medir los diez años que transcurrieron entre las dos partes del *Quijote*. En la primera parte de este escrito se inició esta cuestión; mas, como no es fácil compaginar la unidad de tiempo, ni los anacronismos que de ella resultarían, es preciso prescindir del hecho real y recordar que en las creaciones fantásticas se deben hacer ciertas concesiones, salvar obstáculos, y entrar sólo en el fondo del asunto, en cambio del interés y del propósito del genio. Si en las novelas, comedias y otras composiciones, sobre todo en la literatura de la caballería andante, están *al orden del día* estos anacronismos, y rota constantemente y desconocida esta *unidad de tiempo*; si hoy el teatro romántico nos hace presenciar absurdos monstruosos en este respecto; ¿por qué tanto reparo en una obra que no debe someterse á la crítica de ninguna de las conocidas y que interesa y halaga desde el principio hasta el fin, sin jamás cansar al lector, ni declinar en interés y entusiasmo? Sálvese el tiempo y no se entre en vanas correcciones, dése por impresa la obra de Avellaneda; sálvese el obstáculo de las numerosas impresiones de la primera parte; y acéptese el conocimiento en que estaban grandes y chicos, señores y lacayos, dueñas y doncellas, de la existencia y extraño humor de don Quijote; y todo marchará bien.» (URDANETA. *Cervantes y la crítica*, pág. 390 y 391.)

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha hermosura, su gran donaire y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió ^a á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa; la cual, haciendo llamar al Duque, su marido, le contó, en tanto que D. Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leído la primera parte desta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían con prosupuesto ^b de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese ^c, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y, dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que, al apearse del rucio, se le asió un pie en una sogá del ^d albarda, de tal modo que no fué posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. D. Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado ^e, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de ^f muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía el pie en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caída, y, renqueando y como pudo, fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes, apeándose de su caballo, fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: «— Á mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

— El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, — respondió D. Quijote, — es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me

^a. ...visera, acicateó á. ARG.₂, BENJ.
— ^b. ...presupuesto. BR.₃, TON. — ...presupuesto. ARR., FK. — ^c. ...detuviera.

MAI. = ^d. ...soga de la albarda. MAI. =
^e. ...cinchada. ARG._{1,2}, BENJ. = ^f. ...y muchas. ARG.₁, BENJ.

sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme; pero, como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.

— Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, — dijo el Duque; — que adonde ^a está mi señora D. ^b Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras ferrosuras. »

Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo; y, hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo: «— No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero «donde menos se piensa se levanta la liebre», que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alciller que hace vasos de barro, y, el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento. Dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. »

^a. ...donde. MAI. — ^b. ...señora Dulcinea. BENJ.

7. — Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, — dijo el Duque. — Nada de singular encierra el diminutivo de *pasito*, mas si el adverbio de modo *pasito*. ¡Cuán expresivo! ¡Qué elocuencia la suya! Decir «poco á poco», «con tiento», «sin ruido», es echar mano de tres rodeos que juntos valen bien poco al lado del dulce y previsor *pasito*.

Diganlo si no, para mayor esclarecimiento, estas citas, que se nos caen de la pluma:

«Quedito, *pasito*;
Que duerme mi dueño:
Quedito, *pasito*;
Que duerme mi amor.»

(CALDERÓN. *Ni amor se libra de amor*, jorn. III, esc. XVII.)

«ORTUÑO. Señor, advierte que mientes
Con mucha fuerza; *pasito*,
Que hay muchos que se han quebrado,
Siendo enteros con ahinco.
¿Es verdad esto que dices?»

(SOLÍS. *El amor al uso*, jorn. II.)

«DOÑA ESTEFANIA. No os han de valer traiciones.
Salid.

DOÑA JERÓNIMA. *Pasito, pasito.*

DOÑA ESTEFANIA. ¿Qué es *pasito*? ¡Don Gaspar! (Á voces.)
Gente, pajes!

DOÑA JERÓNIMA. Paso, digo;
Que soy Doña Marta yo.»

(TIRSO. *El amor médico*, acto III, esc. XVIII.)

Volvióse D. Quijote á la Duquesa, y dijo: «—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante, en el mundo, escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero si algunos días quisiera^a vuestra gran celsitud servirse de mí.»

5 Á lo que respondió la Duquesa: «—De^b que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor D. Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes. Y, pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

10 —Y hablador, —añadió D. Quijote.

—Tanto que mejor, —dijo el Duque; —porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras. Y, por que no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura...

15 —De los Leones ha de decir vuestra alteza, —dijo Sancho, —que ya no hay triste figura^c ni figuro.

—Sea *el de los Leones*, —prosiguió el Duque. —Digo que venga el señor Caballero de los Leones á un castillo mío que está aquí

a. ...quiere. ARR. — b. ...duquesa el que. BENJ. — c. ...triste figura. El figuro sea el de. C.₄, V.₃, BR.₄, BAR., BOW. — ...triste figura. El figuro sea el de. A.₂, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAL. —

...triste figura. El seguro sea el de. BR.₅, TON. — ...triste figura. El seguro sea el de. A.₁. — ...triste figura ni figuron. Sea el de. ARG._{1,2}, BENJ. — ...triste figura. El figuron sea el de. FK.

15. ...que ya no hay triste figura ni figuro.

—Sea «*el de los Leones*», —prosiguió el Duque. —

Que en esta *Segunda parte* no nos separamos un punto de la edición de Cuesta en aquellos pasajes en que el sentido del autor es patente, lo declaran las páginas que hasta ahora van impresas; pero que tal propósito no sea una opinión cerrada, lo dice el cuadro que, para ayudar al lector en el estudio de la variante, ponemos á continuación:

Figuro	{	...triste figura. El figuro sea el de. C. ₄ , V. ₃ , BR. ₄ , BAR., BOW., MAL.
	{	...triste figura: el figuro sea el de. PELL., A. ₂ , ARR., CL., RIV., GASP.
Seguro		...triste figura. El seguro sea el de. BR. ₅ , TON., A. ₁ .
Figurón	{	...triste figura ni figurón. Sea el de. ARG. _{1,2} , BENJ.
	{	...triste figura. El figurón sea el de. FK.

Ya lo ha visto el lector. La confusión, para el crítico del texto, nace de que sus variantes son de dos clases: unas que atañen á los vocablos que lo integran; otras que, mirando solamente á la puntuación, son también causa de que varíe el pensamiento.

Al parar la atención en este asunto maravilla no poco el silencio de los que siguieron y siguen la lección de Cuesta, pues no parece sino que el sentido es tan llano que no ha menester de comentario alguno; pero aun sorprende más el silencio de los que, osando retocar el pasaje, no nos dicen el fundamento que para ello han tenido.

cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.»

Ya, en esto, Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y, subiendo en él D. Quijote, y el Duque en un hermoso 5

Á fin de no ser tachado de inconsciente en la materia, Pellicer creyó debía llamar la atención de sus lectores, á cuyo efecto, en la nota n.º 64 del t. VI, pág. 373, escribió:

«Así se lee este confuso pasaje en la edición original, y así se dexa, queriendo más reputarle por una patochada de Sancho, que parece juega de las voces de *figura* y *figuro*, que enmendarle del modo que se ha hecho en otras ediciones, donde se aplican estas palabras al Duque, debiendo aplicarse al referido Sancho Panza, pues aquel no vuelve á hablar hasta que, adoptando la corrección de este, dice Cervantes que *prosiguió*, esto es, la oración que dexó pendiente de: *venga el Caballero de la Triste Figura*, y por eso en la primera edición precede un punto final al verbo *Prosiguió*.»

Ciertamente, Pellicer dió el primer paso; y Clemencin, á quien en achaque de variantes se le alcanzaba muy poco, imaginándose que su antecesor lo había hecho todo, dijo con su habitual desenfado:

«Así se lee en la edición primitiva de Cervantes, poniendo estas palabras en boca de Sancho. La de Londres de 1738, corrigió *seguro* por *figuro*, atribuyendo las mismas palabras al Duque; y la Acadèmia adoptó esta lección en sus primeras ediciones. Pero en la última de 1819 se atuvo al texto antiguo, como también lo había hecho Pellicer en la suya. En efecto, la enmienda no era feliz, y acaso hubiera sido preferible poner *título* en vez de *seguro*, dejando la expresión en boca de Sancho. Pellicer, aunque se hizo cargo de lo sospechosa que es la palabra *figuro*, tuvo por mejor dejarla así, y considerarla como una patochada de Sancho que juega á su manera con las voces de *figura* y *figuro*.» (T. V, pág. 123.)

Á juicio de Cabrera es este uno de los pasajes más viciados y de los más fáciles de enmendar. Se imagina que Cervantes diría así en su manuscrito: «*De los Leones*, ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay *Triste Figura*: el *Caballero de la Triste Figura* sea el *de los Leones*.»

Con todo, no se atrevió á introducir esta corrección en el texto por no exponerse á dar como propio del autor lo que él tal vez no habría escrito. Por ello nos apartamos de su parecer, menos cierto que bien intencionado.

El problema estaba simplemente enunciado: era preciso resolverlo; y D. Juan Calderón, con su irrefutable dialéctica, ayudada del análisis lógico y gramatical que de la lengua castellana había hecho y con el conocimiento profundo que del pensamiento de Cervantes tenía, se impuso la tarea de dar solución á la cuestión propuesta, y en su *Cervantes vindicado*, pág. 173, nos dijo:

«Lo que parece cierto es que el texto está viciado; mas nos ha parecido pusilanimidad el dejarle como se estaba. Es verdad que las correcciones indicadas en la nota del señor Clemencin no satisfacen, y aunque parece que el señor Pellicer es el que se ha acercado más á una solución satisfactoria, no vemos que haya motivo para suponer aquí patochada en Sancho. Ya se entiende que por *homicidio* diga *homecillo*, ó aun, que hubiera dicho por ejemplo *hombrecillo*, porque puede suponerse desconocida para él la palabra *homicidio*; mas esto no tiene lugar en la palabra *figura*, de significación tan conocida

caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres y hizo cuarto en la conversación, con gran gusto
5 de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

para todo el mundo. Tampoco aparece razon para pensar que de intento ó de caso pensado diga *el figuro*, porque en esto no aparece gracia alguna ni alusión á cosa conocida, ni en el vulgo, ni entre gentes entendidas.

Lo que en este punto nos parece más probable es que la partícula que en el original precedía á la palabra *figuro*, no es el artículo *el*, sino la conjunción *ni*, porque de este modo el todo da un sentido claro y satisfactorio, y muy conforme con lo que en las circunstancias del caso sentía Sancho, y tenía deseos de espresar. Hay una cierta fórmula del estilo familiar, con que á veces se muestra el enojo ó despecho que alguna cosa nos causa, ó la poca importancia de que la suponemos, que consiste en cambiar la terminación de la palabra que la representa, dándole la terminación masculina, si tiene la del género femenino, ó la terminación femenina, cuando tiene la del género masculino. La palabra *figuro* es una de esas voces cambiadas; pero en ese caso no debería estar sola, como se deja en el texto, pues cuando se hace uso de la fórmula de que hablamos, la palabra desfigurada en su terminación hace par con la palabra propia: *qué insulas ni qué insulos! no me vengas á mí con cuentas ni cuentos* (1). Esto induce á creer que el impresor habiéndose equivocado en poner *el* por *ni*, se puntuó despues el pasage malamente, porque no se entendió. Así pensamos que de las palabras *el figuro sea el de los Leones*, que unos han atribuido á Sancho, y otros al Duque, las dos primeras *el figuro* pertenecen á aquel, y las restantes á este. Supuesta pues la corrección de *el* por *ni*, he aquí de qué modo creemos que debió estar puntuado el pasage: «Venga el Caballero de la Triste Figura... De los Leones, ha de decir vuestra Alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura ni figuro. Sea el de los Leones, prosiguió el Duque; digo que venga el señor Caballero de los Leones á un castillito» etc. Aquí se ve que Sancho, teniendo ya á menos el título *de la Triste Figura*, se impacienta de que el Duque le use, y le interrumpe con palabras despreciativas de semejante título: *ya no hay triste figura ni figuro*. El Duque acepta la corrección y prosigue: *Sea el de los Leones: digo que venga el Caballero de los Leones*. Creemos razonable el que se haga esta corrección al texto.»

Poseído de la obsesión de las enmiendas, Hartzbusch quiso dejar otra huella más de sus torcidos pasos en el texto del *Don Quijote*; y, no aceptando por entero lo tan sabiamente defendido por Calderón, estampó estas líneas (t. V, pág. 272): «La enmienda que en este lugar introducimos, importante y feliz sin duda, se debe á D. Juan Calderon... Se ha impreso aquí *figuron* en lugar de *figuro*, por ser voz corriente y propia del caso, preferible por ello á la de *figuro*, de pura invención.»

(1) «No es esta la única vez en que Sancho hizo uso de esa fórmula familiar. Cuando en el cap. XXXIV de la 2.ª parte le aconsejaba el Duque que cuando fuese Gobernador se diese al ejercicio de la caza, como propia de grandes Señores: «Eso no, respondió Sancho, el buen Gobernador la pierna quebrada y en casa... En lo que yo pienso entretemerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición, ni hacen con mi conciencia.»



CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose, á su parecer, en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la
5 de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y, así, tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le

«Un hecho fingió Cervantes, que entra de lleno en este capítulo de pruebas y consideraciones sobre la subsistencia de cordura en la locura, y que á ponerle algún comento me lleva el deseo de hacer notar con qué sutil ingenio el autor lo preparó y condujo á su fin del modo más natural, práctico y aun iba á decir clínico. Es el altercado que se movió en la mesa de los Duques la vez primera que á ella se sentó D. Quijote. Importa fijarse, no sólo en lo esencial del hecho, sino en todos los incidentes, porque contribuyen á demostrar, por otra parte, cómo se moderan los impetus de la locura con el buen trato y atenciones que recibe quien la padece; y, por otra, cuanto, en esta disposición propicia, la índole pacífica, urbanidad y respeto del loco, ayudan á reprimir sus naturales arrebatos.»

Desvanecido estaba el ánimo de D. Quijote por el aparato casi triunfal de su recibimiento, cuando el grave eclesiástico que asistía en aquella casa y mesa, tan mal hallado con la simpleza del Hidalgo, como con el censurable proceder de los ilustres señores que para holgarse la fomentaban, dió al Duque y al Andante sucesivamente una corrección, que fuera fraterna á no tener las cualidades de pública, destemplada, áspera y aun cáustica, para calificarla como merece.» (PI Y MOLIST. Obra citada, pág. 160 á 162.)

Línea 6. ...y, así, tomaba la ocasión por la melena. — «La ocasión hace al ladrón: los pescadores, echando de ver se les ofrecía tan buena, asíeronle de